

## **La sociedad civil como un elemento fundamental para la construcción de una sociedad internacional nueva**

Santiago Petschen Verdaguer\*

Desde hace muchos siglos, tanto las instituciones como, más frecuentemente, numerosos individuos dotados de gran capacidad, se han aventurado a concebir grandes ideas acerca de cómo debe organizarse la sociedad internacional. En los tiempos actuales hemos tenido la fortuna de encontrarnos con un autor que está muy persuadido de las grandes posibilidades que, para la organización de la sociedad internacional, tiene la sociedad civil. Siempre la sociedad civil ha sido la que ha ofrecido soporte a las dictaduras, a las democracias, a las revoluciones, a los cambios políticos. ¿Qué clase de soporte va a constituir la sociedad civil de nuestro próximo futuro para que se forme un determinado tipo de sociedad internacional aceptable desde el punto de vista ético y humano?

Reflexiones como estas son las que hace Javier Monserrat en un libro recientemente aparecido con el título de *Hacia un Mundo Nuevo. Filosofía política del protagonismo histórico emergente de la sociedad civil*. Lo ha editado en Madrid, la Universidad Pontificia Comillas. El libro da pie a un debate tan amplio como profundo. Sería una lástima que los internacionalistas prescindieran de él por considerarlo demasiado filosófico. La realidad es que suscita un debate de gran interés. Por nuestra parte, sentimos la necesidad de impulsar dicho debate desde varios ámbitos, uno de ellos el de esta revista.

Para desarrollar su pensamiento, el filósofo del que hablamos establece una base muy clara que no tiene inconveniente en repetir a lo largo de su texto: que la sociedad

---

\* Catedrático de Relaciones Internacionales en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid, España.

civil puede convertirse en la próxima protagonista de la historia. Es esta «[...] una idea que va abriéndose camino aunque todavía no haya logrado una presencia social inequívoca» y que «[...] cuando alumbre con claridad no habrá ya nada, absolutamente nada, que impida la organización creciente de ese protagonista emergente de la sociedad civil que debe imponer los ideales ético/utópicos de nuestros días».

Para el autor, en nuestros días, el poder político comete con frecuencia notables desmanes. Es una afirmación con la que creo podemos estar de acuerdo. No hay más que ver la conducta de Bush y sus guerras, las operaciones del fundamentalismo islámico, las desproporcionadas actuaciones de Israel contra los palestinos, los interesados planes de los dirigentes de los Estados de la Unión Europea en contra de la construcción de algo verdaderamente común, los fracasos de los justos intentos de la Organización Mundial del Comercio. Y un larguísimo etcétera.

Ante los mencionados desmanes, la sociedad civil tiene que organizarse para oponerse a ellos. El autor está totalmente convencido de que esa organización se va a realizar, que la movilización se va a producir y que la aparición de una sociedad de carácter universal va a ser un hecho. Los fundamentos que avalan este fuerte convencimiento son los siguientes:

- 1) La persuasión de que «[...] el protagonismo radical, el fundamento de la organización social, política y económica de las naciones ha sido siempre el pueblo». Todo sistema político, cualesquiera que sean sus características, desde la dictadura más individualista hasta la democracia más abierta, solo ha podido mantenerse apoyado en el pueblo. «El protagonista pues fue siempre el pueblo o sectores importantes de éste que fueron capaces de promover iniciativas sociales de presión conducentes a resultados tangibles», nos dice Monserrat.
- 2) La constatación de que en la sociedad civil actual existe una nueva sensibilidad ético-utópica con fuerza para conseguir un cambio profundo en la sociedad humana.
- 3) Esa nueva sensibilidad utópica se muestra en el desarrollo que se ha producido en el campo de las ONG. Las ONG son un modelo de la sociedad que podrá formarse en el futuro con un acento muy social capaz de superar la gran división que existe en el planeta entre el mundo de la opulencia y el de la miseria.
- 4) Hay también verdaderas posibilidades de que, con el objetivo de convertir la aspiración en una realidad, la sociedad se organice. «Sólo cuando ambos factores, el ideal y el proyecto de nuestro tiempo, estén ya ahí con una “presencia social inequívoca”, expresados con claridad y asequibles a todos, será cuando se produzca al fin la movilización histórica emergente de la sociedad civil de nuestro tiempo hacia el cambio histórico». La organización del movimiento de acción civil Nuevo

Mundo es, pues, la respuesta de la filosofía política a la pregunta por la estrategia que puede conducir de forma pragmática a la realización del «proyecto universal de desarrollo solidario». La sociedad civil debe organizarse y presionar, pero la responsabilidad final es de los políticos que deberán seguir gobernando el mundo, en el marco del tipo de sociedad democrática establecido por la Modernidad. Esa es la intuición que domina la idea que Javier Monserrat desarrolla a lo largo de todo su libro.

- 5) Entre las muchas razones que empujan a creer en dicha posibilidad, una de ellas bastante destacable es el pragmatismo. Son tantas las dificultades que nos agobian en el momento presente, que si no queremos dejarnos ahogar por ellas y queremos sobrevivir necesitamos agarrarnos a la posibilidad de seguir hacia delante construyendo el sistema de salvación más fecundo que podamos imaginar. Es una cuestión eminentemente pragmática.
- 6) Para concluir el elenco de razones, Javier Monserrat se apoya en un modelo preexistente: el histórico de los Estados Unidos de América. La historia que Javier Monserrat nos ofrece de dicho país está hecha desde el punto de vista del vigor con que la sociedad civil ha operado siempre ahí. Las conclusiones elogiosas que deduce de la historia norteamericana en manera alguna son ingenuas pues la realidad de las carencias y de los defectos estadounidenses queda muy bien resaltada. Y con el trasfondo histórico del diseño trazado por T. Roosevelt, Wilson, F. D. Roosevelt, Kennedy y Johnson, cree Javier Monserrat que es posible llegar a esa social democracia mundial que caracterizaría al justo orden político y social que el mundo necesita, el Nuevo Mundo de su libro. La filosofía de la historia de América nos induce a pensar que la sociedad civil americana podría sumarse a la promoción del proyecto universal de desarrollo solidario, tal como se describe en la filosofía política del autor. En el notable realismo que aparece en un idealismo de tan alto vuelo, Monserrat quiere apoyarse en realidades que hayan preexistido como garantía de posibilidad eficaz. Por ello toma luz de los diversos modos de conducta política y social de los Estados Unidos de América, a pesar de las grandes deficiencias que también destaca en su historia.

Prestemos atención a las dos síntesis-madre que hay detrás de la convicción de Javier Monserrat: el recorrido histórico de la Modernidad que pone su objetivo en lo individual y el recorrido histórico del comunitarismo que lo pone en lo colectivo. Ambas están muy cuidadosamente elaboradas.

La Modernidad tiene su precedente en la revalorización del individuo que ha lugar en el Renacimiento, paso inicial que se enriquece con la dimensión racional aportada por la Ilustración. Más tarde entronca con el liberalismo, el constitucionalismo, la

democracia, los neoliberalismos actuales. Toda una serie de grandes autores, muy bien conocidos, enriquecen la síntesis: Erasmo, Maquiavelo, Hobbes, los que formaron la escuela de Salamanca, Locke, Kant, Montesquieu, Rousseau, Adam Smith, Hume, Malthus, David Ricardo, Jeremy Bentham, Tocqueville, Stuart Mill, Spencer, Keynes, Shumpeter, Galbraith, Popper.

El comunitarismo agrupa sus manifestaciones en tres grandes campos: el historicismo, el anarquismo y el socialismo-marxismo. Para Javier Monserrat, a la modernidad liberal democrática se le opusieron dos grandes alternativas: una de tipo racionalista y otra de tipo romántico. La racionalista, tras pasar por Descartes y por Leibnitz culmina en Hegel con quien entroncará con el marxismo. El movimiento romántico agrupa a Hölderlin, Novalis, Schlegel, Goethe, Herder. Es una línea que acaba desembocando en el nacionalismo de los pueblos. Otros autores historicistas a destacar son Humboldt, Meinecke, pero sobre todo Ranke, Dilthey y Max Weber. Determinadas corrientes del nacionalismo llevan a la sacralización del Estado, una de cuyas manifestaciones fue el nacional socialismo de Hitler. Las consideraciones que Javier Monserrat hace sobre el nacionalismo y sus diversas modalidades son ciertamente abiertas y equilibradas.

Dentro del historicismo se halla también el anarquismo: Godwin, Proudhon, Bakunin, Kropotnik y Sorel son los autores más destacados. Para Monserrat, el anarquismo tiene una gran importancia como anticipo del malestar crítico que siente la sociedad de nuestros días.

Por último, dentro del comunitarismo nos encontramos con el socialismo-marxista como una propuesta alternativa que durante bastante tiempo pareció estar llamada a un gran triunfo. En la síntesis hecha el autor nos presenta un marxismo dogmático, ortodoxo, de izquierdas, representado por Rosa Luxemburgo y Lenin, un marxismo de centro con Kautsky, Lefevre, Gramsci, y un marxismo crítico —Bernstein, Bloch, la Escuela de Frankfurt—.

Desde nuestro punto de vista, lo que han sido la Modernidad y el comunitarismo debe ser muy bien comprendido porque «[...] la sociedad civil moderna ha sentado sus reales en un terreno de confluencia ideológica convergente entre Modernidad y Comunitarismo». Monserrat lo expresa con palabras muy claras y con firmeza de estilo: «[...] todos somos hijos de la Modernidad pero con la misma fuerza podemos decir también que todos somos hijos del Comunitarismo». Durante mucho tiempo, la sociedad estuvo escindida entre Modernidad y comunitarismo. Y hoy se ve que ninguno de los dos términos —si opera por separado— es válido. Los dos deben ir unidos. Es el nuevo ideal/horizonte que la sociedad civil intuye y sobre el que la filosofía política debe construir la forma adecuada de orientar a toda la humanidad.

El pensamiento político del autor cuya obra presentamos se concreta en lo que él llama «desarrollo universal solidario». A partir del sentir difuso existente en las sociedades de una época, son los intelectuales los que deben formular explícita y claramente la concreción del ideal ético y la forma de llevarlo a la acción como proyecto. Tal proyecto, bien determinado, capaz de ser entendido por todos, es lo que conseguirá promover la movilización emergente de la sociedad civil actual hacia el cambio histórico.

Propiciar dicho proyecto es lo que debe hacer la filosofía política de nuestro tiempo. Monserrat fija cuáles deben ser las características del mismo. Es lo que espera la sociedad civil que ansía asumir el ejercicio de la soberanía popular dándole una orientación racional, humanística, justa y solidaria.

El pensamiento filosófico-político que aparece en la obra de Javier Monserrat, apoyado en el pensamiento filosófico-político aparecido en la Historia, lleva al inspirado autor de nuestros días a desarrollar una intuición de lo que podrá ser la sociedad de nuestro próximo futuro. Desde nuestro punto de vista, es cierto que ha sido la sociedad civil o sectores muy importantes de la misma los que han explicado la existencia de tal o cual régimen socio-económico y político. Claro que muchas veces ha sido una sociedad civil manipulada y engañada, pero no por ello menos sociedad civil. ¿Será capaz la sociedad civil de sacudirse de encima la manipulación y el engaño para sustituirlos por la sensibilidad ético-utópica a favor de la justicia y de la solidaridad? Esa es la gran cuestión. Es cierto que —y ya Popper lo intuyó expresándolo con profundo rigor filosófico—, la sociedad actual tiene aspiraciones muy radicales de transformación del orden político y socio-económico internacional. Pero ¿va a ser capaz de convertirse toda ella en algo así como una gigantesca ONG en favor de la solidaridad? ¿Abandonarán los hombres ir a la guerra por unos palmos de tierra? ¿Arrebatarán los generosos dirigentes de la sociedad civil el control que las entidades financieras tienen de las fuentes de energía? ¿Qué medios han de utilizar las bases para suscitar una opinión pública capaz de destronar a los grandes imperios del poder, del dinero y de las armas? Para el filósofo Javier Monserrat, dichas posibilidades existen. Apuntémonos también nosotros a esa gran esperanza.